

## La obra crítica de Albert Thibaudet

**L** gran interés de la obra de Thibaudet es dar, mejor que cualquiera otra obra crítica, una visión de conjunto del pensamiento francés contemporáneo. Filosófica, literaria, histórica y muy desarrollada en cada una de esas tres materias, sabe mostrar influencias recíprocas y dar el aspecto total de nuestra época. Muy instruida también del pasado, esa crítica tiene los medios y la intención de ser una crítica de la evolución. Pero aquí hay que distinguir: Brunetiere había ya tratado de hacer una crítica de la evolución, que sólo era la adaptación literaria de Darwin. Thibaudet, discípulo de Bergson y de la evolución creadora, trata de estudiar especialmente, en las evoluciones, «l'élan vital» (el ímpetu vital) y la libertad del pensamiento que estudia. Esta actitud se traduce (especialmente en sus artículos de la Nouvelle Revue Française, de la cual es crítico principal) por un gusto extremado de lo que se llama *los movimientos*. Escribía en Noviembre de 1926 en la Nouvelle Revue Française, y eso no era sólo una ironía, que prefiere los movimientos literarios que comprenden solamente hombres mediocres: «Movimientos puros... que le permiten al crítico moverse libremente en medio de las ideas sin verse molestado por hombres de genio, cuya personalidad irracional todo lo devora...»

Antes de ser, como lo hemos dicho, crítico de la Nouvelle Revue Française y al mismo tiempo profesor en facultades extranjeras, (Suecia o Suiza), Thibaudet había escrito antes de la guerra un importante volumen sobre la Poesía de Stéphane Mallarmé. Ese libro de acuerdo en sus tendencias esenciales con el movimiento, aunque invisible entonces, que hizo triunfar más

tarde Paul Valery y Paul Claudel, era una exégesis notable por sus detalles, pero casi excesivamente ideológica. Nos presenta a Mallarmé como un hombre recargado por su pensamiento interno. Creo diferentemente (y confidencias de Paul Valery, que conoció personalmente a Mallarmé, confirman mi opinión, que Mallarmé producía un pensamiento exterior a sí mismo, ensayando alianzas de palabras. A veces llegaba a aislar pensamientos sobre tarjetas y las combinaba como se combinan los naipes en los juegos de paciencia... Thibaudet ha dado recientemente nuevas opiniones sobre su libro, y parece reconocer el exceso de su ideología, estimando hoy que sólo un estudio del individuo sería eficaz, y que ese estudio descalifica y rebaja en una «posición subalterna nuestros juegos escolares».

La obra más importante de Albert Thibaudet es la que persigue desde más o menos cinco años atrás bajo este título general: *Trente ans de vie française*. Esos treinta años van de 1880 a 1914. El primer volumen está consagrado a Charles Maurras. El maestro del pensamiento monarquista ha sido elegido por motivos no de orden intelectual o literario, sino que a veces de orden práctico. Declarando que Maurras, Barres y Bergson son las tres influencias capitales, él agrega: «Eso no significa necesariamente que ellos sean los tres mayores escritores de hoy». Y cita ejemplos de glorias activas en su época, que han disminuído andando el tiempo.

Pero Thibaudet estudia con cierta complacencia estética uno de los pensamientos franceses más limitado pero mejor ordenado. Escribe en su prefacio: «Luz del Atica, aire de Provenza, piedra de Roma, tierra de Francia, esas cuatro cosas se han unido ya y se han de unir aun para provocar sobre la élite humana rostros inteligentes o apasionados». Maurras es para Thibaudet uno de esos rostros. Es, pues, con una indulgencia benévola como Thibaudet refuta los sofismos de Maurras. Por lo demás, lo he oído declarar una noche, conversando con el filósofo Julián Benda, que Maurras es primero que todo periodista y hombre de acción; y que no se tiene el derecho de pedirle muy rigurosamente cuenta de sus doctrinas y de su pensamiento.

La *Vie de Maurice Barres*, que sigue al libro precedente, muestra mejor aun a Thibaudet como crítico de la evolución. En efecto, Barres tiene escasas ideas, y trata apenas de justificar con sólida argumentación las que tiene. Por lo tanto Thibaudet nos muestra que debe tomar la palabra «idea» en un sentido un tanto diferente: «No entiendo aquí por idea verdadera la idea clara y distinta de las demás... Una idea verdadera es la idea que ha llegado a ser verdadera incorporándose a una vida, como la idea de *tradicción* se hace verdadera incorporándose a su familia, a su iglesia». Por lo tanto, en la presentación de ideas semejantes, no trata Thibaudet de discutir las, sino de colocarlas en su lugar, en el equilibrio que mantiene unos frente a otros, por un lado, las doctrinas de intelectualismo, de clasicismo y de orden social, y por otro lado las doctrinas de vitalismo, de romanticismo y de revolución.

¿De qué modo Albert Thibaudet logra mantener el equilibrio entre esos dos grupos de tendencias? Con ayuda del equilibrio humano, dejando ir su razón y su inteligencia en la primera dirección, y dejando ir en la otra dirección no su corazón, pues no es sentimental, sino su gusto del divertimento, del placer y de la originalidad. Cuando se trate de juzgar a Maurice Barres, Thibaudet abandonará sus simpatías personales, y sus objeciones serán más o menos las mismas que las de Andre Gide, uno de los espíritus, sin embargo, más opuestos al de Albert Thibaudet. Reprochará al Barresismo el afectar la fuerza más que ser fuerte en realidad, y de tender a favorecer sordamente, por su nacionalismo, la debilidad moral y el automatismo del pensamiento. Escribe en su conclusión: «Momento llega en Barres en que *el desarrollo hacia lo profundo* es sólo el hermoso nombre que da a la conciencia de su impotencia... «Ciertos trozos nos lo presentan buscando, para abusarse a sí mismo, pretextos magníficos al automatismo».

Con su libro *Le Bergsonisme*, Thibaudet parece cambiar un tanto su dirección intelectual y política. Dice de su período precedente: «Me sentía llevado invenciblemente a poner en primer lugar los valores nacionales». Explica que desde entonces



trata de establecer un equilibrio entre su punto de vista francés y el punto de vista del extranjero. Por otra parte, hace entrar en su función de crítico intelectual un mayor papel social de presentación y vulgarización: «La crítica representa la moneda  
« que cambian los Maestros y el público, que circula también  
« entre las generaciones que se suceden, entre los puntos de  
« vista distintos».

Por otra parte, en la doctrina de Bergson le interesan particularmente las partes menos desarrolladas por el mismo Bergson, es decir, la moral y la estética. Pero, justamente, este modo de ver era el que estaba en mejor acuerdo con su plan general y el título de esa obra: *Trente ans de vie française*.

La moral esencial que sacara del pensamiento de Bergson y la de más fecunda influencia, será la lección de la resistencia al automatismo; «Reacción contra todos los automatismos y especialmente contra el más peligroso, el del mecanismo intelectual que nos hemos dado a nosotros mismos... Querer guardar la unidad real de esa actitud más que la unidad ficticia  
« de los resultados, he aquí un conjunto de direcciones que  
« quisiera haber seguido mejor en crítica y en historia; pero  
« que se me presentan como el beneficio más apreciable de una  
« familiaridad con el pensamiento bergsoniano».

Esa profesión de fe general, acompañada de algún pesar, nos permite ver ahora la vasta renovación, los ligeros defectos también, que Albert Thibaudet ha traído a la crítica. Ese pensamiento amplio y sumamente erudito no hubiera podido en ninguna forma ser creador: se lo hubiera impedido su extraordinario flujo de memoria que permite y favorece las comparaciones y la apreciación, ahogando toda creación bajo su automatismo. La prosa de Albert Thibaudet es esmaltada de citas visibles, y más aún, sembrada de alusiones que el lector descubre según su cultura. Y vienen quizás de allí algunas imperfecciones del crítico: le agrada comparar las cosas entre sí y juzgarlas semejantes las unas a las otras más que buscar lo individual e ir es-

tableciendo diferencias. Es por eso que, a pesar de un pensamiento mucho más amplio, no alcanza a la finura de un Sainte-Beuve, por ejemplo. Pero lo que hemos dicho basta para hacer adivinar no sólo un espíritu muy vigoroso, sino uno de los más extraordinarios conjuntos de conocimientos particulares que contenga nuestro siglo.

✓ JEAN PREVOST.